

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

Fernando Fedriani Martel

Universidad de Sevilla

2001

*“Un viejo estanque:
se zambulle una rana.
Ruido de agua.”
Bashoo.*

Roza la mañana, con sus dulces dedos, los pequeños lunares que el sol quiso llamar luceros. Rozan la mañana, los luceros y éstos dicen adiós y se marchan. Cae la noche por el lado del mar y nace el día. Celeste torna lo negro. Lo oscuro se hace luz y canta un gallo. Corre el sol buscando a la luna, como cada noche... y, entre tanto ajeteo, no la encuentra: mas seguro que mañana volverá a correr para alcanzarla. Ojalá algún día se fundan en un abrazo ambos, sobre un cielo más pequeño, más humano pero, sobre todo, menos necesitado de amor. Ojalá se den la mano algún día y juntos marquen días y noches, sin tener que huir el uno del otro. Sin tener que ser eterna fuga: la amante tras el amado, que corre, porque le está prohibido mirar hacia atrás. Caen los sueños de mañana y nace la Luz. Se hace de día.

Y en un pequeño rincón la luz alumbró el dar a Luz, y la vida se hace Vida dentro de una fría y húmeda cueva. Manan las estrellas y se dan la mano en el cielo. Resplandece azul el firmamento por ser reflejo de la claridad de los estanques... y no al revés. Grita feliz el silencio y el ruido se hace música. Los girasoles dejan de mirar arriba porque tienen otro Sol más cerca, se sienten alumbrados desde la oscuridad. La oscuridad cesa sobre la Tierra y se une lo más cercano al suelo con lo más inmenso que acaricia los luceros. La gente ríe aunque no saben por qué. La alegría brota de los corazones. Nacen brotes nuevos de la flor de “asagao” sobre el cristal resplandeciente del espíritu de los hombres. Muere el dolor por un instante en el mundo... pero se oye un llanto. Y el llanto se hace querer y grita al cielo, aunque es el Cielo por Él, el que está gritando y gimiendo, que el que había de llegar, ya por fin... ha llegado.

Cuenta una vieja lechuza que, en aquel momento, todos estábamos sentados alrededor de un viejo árbol, escuchando cantar a un gorrión. Cuenta la lechuza, sacando pecho, brillando su viejo pico bajo el hálito de las alturas, que todos nosotros escuchamos ese grito. Cuenta que el grito de un niño llegó hasta todos nuestros corazones y que se quedó ahí. La lechuza me ha jurado que fue ese momento el único instante de toda la historia en el que todos los que existimos nos pusimos de acuerdo para dar un paseo.

Bueno, la verdad es que también me juró algunas otras cosas... pero ésas yo no me las creo. Dice que nadie se peleó durante ese paseo y que las gentes parecían hermanos los unos de los otros, que se querían, se amaban, se respetaban y que (aún más increíble) se sentían amigos los unos de los otros. Jura la lechuza que los rápidos ayudaban a los lentos, los vejetes se apoyaban en los jóvenes y que los más valientes tomaban de la mano a los cobardes cuando éstos tenían miedo. Jura la lechuza que no escuchaba llantos ni gritos y que nadie reñía ni castigaba a otras personas. Jura la lechuza que durante el tiempo que duró el paseo nadie golpeó a nadie, ni nadie se hizo daño a sí mismo golpeando a los demás.

Una vez un alto sauce, que se creía demasiado inteligente como para razonar conmigo, me dijo que el brillo de mis ojos, cuando estoy o muy alegre o muy triste, surge de la misma manera que el rocío de la mañana. Me razonó el sauce que las hojas se ponen muy felices al ver salir al sol y que también sienten un poco de pena cuando éste se va (ése es el motivo del rocío). Me dijo que, de la misma manera, cuando nosotros nos sentimos alegres o tristes (sea por el sol o por el motivo que sea), también llega el rocío a nuestros ojos. El sauce decía que el rocío es el alma que cristaliza y se hace líquido. Cuando me dijo aquello yo no entendí ni la mitad de sus palabras... ¡y era tan orgulloso que no se atrevió a explicármelo, no fuera yo a saber tanto como él! El caso es que pasé toda mi vida tratando de entenderlo y al final lo logré. El sauce tenía razón: al igual que las plantas encuentran el rocío sobre ellas cuando están alegres o tristes, cuando nuestros ojos brillan es que algo maravilloso está pasando en ese mismo instante.

Y créeme, yo no lo recuerdo, pero el agua del mar, un día que fui dando un paseíto por la playa, me contó que ella sí había estado y que se acordaba de cómo seguía la historia: decía que todos fuimos a una vieja cueva y que, en ese mismo momento, a todos nos brillaban muchísimo los ojos... ¡así que aquello debió ser muy importante! Me contó que todos nos acercamos a un pequeño rincón donde un niño quedaba acostado junto a sus padres. Después de eso, me dijo el agua (y me lo creo, aunque yo la verdad es que no me acuerdo), que todos nos pusimos en cola para ver al niño. Pero la verdad es que también me dijo más cosas el agua que no me creo: me juró que las gentes que estábamos en la cola no nos empujábamos los unos a los otros, que nadie se peleaba, que todos parecíamos felices yendo juntos de la mano. Dice el agua del mar que todo se paró en ese instante: que las hojitas más verdes del campo se quedaron inmóviles, que las piedrecitas del suelo contuvieron la respiración y que, durante el rato que todo aquello duró, no había nada más importaba en el mundo, tan solo ese niño.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

La verdad es que estuve un montón de tiempo intentando enterarme de cómo acababa esta historia porque el agua de la playa decía que no recordaba nada más. Le pregunté a la del arroyo, pero ésta me dijo que se había ido a dar una vuelta con el agua del río justo en ese momento de la historia y que, por eso, no sabía qué había pasado al final. Como el agua del arroyo no lo sabía, se lo pregunté a la del río, pero ésta me dijo que se fue con la del mar a dar una vuelta más allá de su casa, poco después de que nosotros nos fuéramos de aquella cueva. Como el mar tampoco lo sabía, dejé de pensar en él y me fijé en cómo se le reflejaban las estrellas, y se lo pregunté a ellas... ¡pero tampoco lo sabían! Las estrellas me dijeron que se lo preguntara a otras lucecitas a ver si éstas estaban más inspiradas y me lo decían. Fui, por eso, a ver a las luciérnagas. Tuve que esperar a que se hiciera de noche porque no logré encontrarlas hasta que cayó el sol. La verdad es que el esfuerzo mereció la pena porque las conocí y me hice amigo de ellas, pero tampoco sabían qué pasó en aquella cueva justo después de que dejáramos (tú y yo) a ese niño recién nacido en pañales, dentro de la cueva. Las luciérnagas eran muy simpáticas y me dijeron que habían quedado aquella noche con las estrellas para que éstas les enseñaran cómo se podía brillar tanto por las noches, por eso no sabían qué pasó con el niño.

Alguien me dijo que el búho nunca dormía por las noches, que siempre tenía los ojos muy abiertos y que nunca se le pasaba nada importante, por eso fui a preguntarle si sabía qué pasó aquella noche, hace tantísimo tiempo... pero el búho me dijo que soñaba con los ojos abiertos y que no me podía decir qué había pasado aquella noche porque recordaba lo que había soñado, pero no lo que había vivido y que como no quería mentirme en algo tan importante, prefería no decirme nada. Le pregunté al búho si sabía de alguien que no hubiera dormido aquel día y me dijo que el grillo estuvo toda la noche haciendo ruido y que aunque lo mandó callar un par de veces, creía que no se había dormido en ningún momento. Fui a hablar con el grillo y me dijo que era verdad que no se había dormido, pero que como no quería molestar al búho (que soñaba con los ojos abiertos), se había ido lejos para poder hacer música sin hacer mal a nadie.

El caso es que yo me puse muy triste y le dije al grillo que tenía un problema porque todos o se habían ido, o estaban con otros o se habían dormido... pero que nadie sabía qué había pasado aquella noche con aquel niño tan gracioso del que me hablaron la lechuza, el sauce y el agua de la playa. El grillo se quedó un instante pensativo (de todos es sabido que es muy inteligente) y me dijo que fuera a ver a la montaña. Decía que la montaña no se había movido en toda la noche porque su trabajo consistía en quedar sentada sin moverse y observar las cosas, y que seguro que no se había dormido porque aquella

noche había mucho movimiento de aquí a allá y seguro que se había quedado vigilando la posición de las jorobas de los camellos, que ninguna ardilla se subiera a ningún abeto y todas esas cosas imprescindibles para el buen orden de la vida.

Yo fui a hablar con la montaña e intuía que ésta me contaría el final de la historia, ¿te cuento un secreto? Yo tenía miedo porque la montaña impone mucho respeto: es muy vieja, muy seria, muy grande y demasiado sabia para mí. Aún así, me acerqué a ella y le pregunté si sabía qué había pasado cuando los hombres nos fuimos de la cueva. Le conté el trozo de la historia que yo ya conocía y me dijo que ella sí se acordaba perfectamente de lo que había pasado después, y que me lo contaría...

“Verás, cuando os fuisteis los hombres, llegaron a la cueva unos personajillos muy raros que venían de muy muy lejos. La verdad es que en ese instante algo extraño pasaba: era como si todos los hombres siguieran cerca, pero no estuvieran presentes. Era algo muy difícil de explicar... así que no sería muy importante: las cosas verdaderamente importantes se comprenden a la primera, te las explica el corazón y tú no tienes que hacer un gran esfuerzo para llegar a descubrirlas. Es que la felicidad está reservada para todos los hombres de la tierra y para alcanzarla no puede ser necesario leer ni escribir, ni saber nada de Álgebra Computacional. Ni siquiera es necesario saber leer el futuro en las nubes ni distinguir unas estrellas de otras, cualquier persona sencilla puede entender las cosas importantes.

Por cierto, hablando de las estrellas, da igual no saber distinguir las porque todas son lo mismo. Son pequeñas grietas dentro del gran telón del cielo. Es como si bajáramos una persiana en pleno día y por los pequeños agujeritos se deslizara la luz de la calle. La verdadera luz viene de detrás. Viene de algo mucho más importante que las propias estrellas, viene de aquello que es tapado por el cielo. Las estrellas son resquicios que nos dejan ver la luz del Cielo durante algunos momentos muy concretos. Nos recuerdan cuantas cosas hay Arriba y cómo merece la pena soñar cuando las cosas van mal.

¿Sabes?, el caso es que un niño recién nacido quedaba dentro de una caja de madera, apoyado sobre unas hojas y un gran montón de heno y paja. Junto a Él quedaban sus padres. Parecían cansados, pero en sus ojos se veía el resplandor de un cansancio especial, más bonito. El caso es que delante del niño quedaron unos seres que, tras arrodillarse, se presentaron de una forma completamente diferente a la de todos los demás que habíamos llegado hasta allí (atento porque esto es lo más difícil de la historia): “somos los defectos y las virtudes y estamos aquí para ver al Niño que cambiará el mundo, nuestro mundo, y queremos entregarle lo mejor que tenemos de nosotros mismos porque, quien

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

dará todo por el mundo, se lo merece”. Ha pasado muchísimo tiempo [la montaña llevaba justo en el mismo lugar bastante más de dos mil años], pero aún sigo sin entender bien por qué sucedió aquello, lo único cierto es que sucedió.

Se acercó la Fealdad al niño y, con la mejor y más linda de sus sonrisas, le regaló una pequeña cuna para que pudiera dormir. Era de madera oscura, áspera y fría, pero pronto se llenó con la ternura del niño. Ciertamente nadie quiere a la Fealdad, todo el mundo trata de huir de ella, gritan y lloran cuando llega, la desprecian... pero con su regalo la Fealdad demostró que guardaba dentro de sí mucha hermosura, pues lo feo siempre guarda algo hermoso en su esencia.

Luego llegó la Ternura y comenzó a poner caras graciosas para que el niño riera. Primero puso su rostro muy feo, luego lo transformó a muy alegre y muy triste, con “carita de puchero”, y el niño comenzó a reír viendo con cuánto cariño lo hacía. La Ternura tomó la frente del niño y le dio un beso muy fuerte. Sintió que aquello había valido para pagar toda su vida, que todo era maravilloso y que al igual que deseaba ver sonreír al niño, daría toda su vida para que todo el mundo sonriera. La Ternura es sencilla, pero logró hacer sonreír al Príncipe de las estrellas (todo puede lograrse con ternura).

Muy lentamente, tan torpe que las estrellas sintieron ganas de ayudarla porque éstas se veían más rápidas sobre el cielo, se acercó la Pereza secándose el sudor de su frente. Estaba algo rechoncha y sonrosada por el esfuerzo. Se acercó al niño, lo besó y sintió un poco de vergüenza. No había traído regalo alguno. Quebró el silencio, se quebró su voz, dulcemente, y contó su historia: quiso buscar un regalo que fuera original, que fuera especial porque lo hubiera pensado ella sola, sin ayuda. Por si fuera poco, deseó confeccionar su regalo con sus propias manos... pero se quedó dormida porque estaba muy cansada y cuando despertó ya era muy tarde para pensar cómo hacer ella un regalo. Decidió luego que iba a ir a un vendedor de dromedarios para comprar algún detallito traído de alguna tierra lejana y extraña... pero el vendedor estaba demasiado lejos y ella no se sentía capaz de llegar hasta él... y por eso no fue. Por eso había llegado con las manos vacías... y por eso se sentía tan triste. Aún así, de pronto, tocó su frente y descubrió que estaba sudando. Descubrió que había andado mucho para llegar hasta aquella cueva. Se dio cuenta de que no había hecho eso por nadie más y descubrió en ese gesto el regalo más bonito del mundo. No hay nada tan lindo como poder regalar todo tu esfuerzo a la persona que más quieres. No hay nada tan profundo como el sudor de tu frente tras haberte esforzado de veras... porque no sale de tus poros, rezuma la esperanza de tu corazón: y no hay nada más valioso que eso.

La Fantasía se sentía muy inútil porque nadie le hacía caso: al principio todo el mundo se acerca a ella, pero todos se aburren de estar a su lado y se van, cuando se hacen mayores (porque dicen que cuenta historias muy raras). A la Fantasía le gusta hablar con los niños y jugar con ellos, pero siente mucha pena porque éstos se separaran de su lado para siempre cuando ya se creen mayorcitos. Eso por no hablar de las demás virtudes, que la miraban por encima del hombro pues la acusaban de decir muchas mentiras... pero ella no miente: simplemente es que siempre ve la realidad de forma distinta a como lo hacen los demás... y ella cuenta las cosas como las ve, eso no es mentir, ¿qué culpa tiene de sentir así? Además... yo pienso que las cosas son mucho más bonitas como ella las ve. Aún así, la pobre tuvo un gran problema: trató de regalar grandes regalos, coronas, castillos, riquezas... todas esas cosas se hacían realidad, pero justo tras nombrarlas, desaparecían en el aire como si nunca hubieran existido. Se puso delante y no habiendo podido entregar las riquezas que imaginó, descubriendo que la verdadera riqueza radica en entregar lo que eres, como solo tenía sus historias y sus largas horas mirando las estrellas, dijo la Fantasía:

- 'Alguien me dijo una vez que dos estrellas andaban juntas de la mano y soñaban con cuál de las dos lograría alumbrar más. Miraban el mundo desde lo alto y juraron que siempre permanecerían juntas (porque se querían) de la mano, agarradas muy fuerte a la bóveda del cielo. Aún así, un buen día, el viento comenzó a soplar tan tan tan fuerte que una de ellas no pudo aguantar la mano de la otra... y se cayó del cielo. Cuentan que comenzó a llorar mientras sentía que su cuerpo caía hacia abajo. Lloró más y más y, por un instante, sintió que su sueño de brillar mucho se perdería, que se sentiría inútil porque a nadie le sirve una estrella que cae desde el cielo, llorando... ¿para qué sirve que una estrella caiga desde el cielo?

...Fernando tomó de la mano a María y mirando al cielo señaló una estrella fugaz. Se movía muy rápido y parecía soltar pequeñas gotas de luz, una estela en el cielo. Fernando le pidió que formulara un deseo para que se hiciera su vida y, cuando ella volvió a abrir los ojos, él la besó. Ese beso cambió su vida.'

La Avaricia había pasado todo el camino recogiendo flores. Llevaba una bolsa muy muy grande y en ella trató de meter todas las flores del campo. Deseaba hacer el ramo más grande del mundo, guardar para sí todas las sonrisas que las plantas entregaron al cielo. Pensó que así haría el mejor regalo del mundo y además nadie más regalaría lo mismo si era capaz de conseguir que no quedara ni una sola flor. El caso es que fue metiendo muchísimas hasta que llegó un momento en que la bolsa no daba para más: estaba llena hasta arriba y además comenzaban a rebosar, a ambos lados, las últimas flores que la

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

Avaricia había introducido. En ese instante, entendiendo que era hora de pensar algo, cegada por su deseo de tenerlo todo, tuvo una idea: “si la bolsa tenía un solo lugar por el que meter las flores y han cabido tantas, si hago varios agujeros más, seguro que caben todas las flores del camino”. Eso pensó, tenía lógica, siguió su plan y, de esta forma, “la Avaricia rompió el saco”... con un cuchillo. Nunca lo he oído [las montañas no conocen los refranes], pero dicen que esto aún se recuerda cuando alguien desea tener más de lo que debe y eso lo lleva a equivocarse. No es que el saco se rompiera solo, la Avaricia tenía mucho dinero y compró un saco muy bueno y muy resistente. El problema, y esto no lo sabe la gente, es que cuando se trata de acaparar, se cometen errores... por eso la Avaricia rompió por error el saco y perdió todas las flores... salvo una. Guardaba una flor junto a su corazón, por si acaso le robaban las demás... nadie le robó, pero al menos esa flor si la puso junto al niño. Lo realmente importante es aquello que puedes llevar siempre contigo: que cabe siempre en tus manos o, a poder ser, en tu corazón (lo excesivo siempre deja de ser especial y por tanto pierde su valor). Esas cosas son las que más valen porque nadie nunca podrá arrebátártelas y serán parte de ti, siempre.

El caso es que poco a poco se fueron acercando el resto de virtudes y defectos dando lo mejor que tenían de sí. Recuerdo cómo se acercó la Alegría al niño... y sonrió, y el niño con ella. Dicen que brillaron un millón de estrellas: todo el Universo cabe en la sonrisa de un niño. Después llegó la Tolerancia, que se sentía especial por poner su regalo junto a los dones de otros: pensaba que no había nada tan bonito como juntar lo más bonito de ti a la esencia de otras personas. Luego la Paz evitó que la Codicia agrediera al Hastío por plagiarle su regalo. Hizo que firmaran las paces y todos juntos entregaron el maravilloso regalo de ser, aunque fuera por única vez en todo el Universo, amigos (¿la codicia y el hastío amigos? ¿Por qué no imaginarlo por un instante?).

Un segundo después, el mundo quedó quieto escuchando un poema precioso. El Niño rio y todos se sintieron muy especiales por haber podido oírlo... pero la Honradez, tras terminar de leerlo, dijo que no era suyo sino que era de la Timidez, pero que a ésta le daba vergüenza recitarlo: siempre escribía para expresar sus sentimientos. Tras decir eso la Honradez, la Timidez se sonrojó, pero al instante comenzó a sonreír suavemente (ji, ji...) con esa risa de angelito lindo por la que todos tanto la querían.

Quedó frente al niño el Egoísmo. Nadie sabía qué regalo iba a hacer el Egoísmo. No se lo había dicho a nadie no fueran a quitarle sus regalos. Había esperado casi hasta el final para que todos lo vieran, porque su regalo iba a ser el mejor: había gastado muchísimo dinero, había comprado muchísimas cosas... pero cuando quedó delante del Niño se dio

cuenta de que no podía desprenderse de todo eso. Quería hacer muchos regalos, quería dar todo lo que tenía, sabía que podía hacer feliz a mucha gente, sabía que sus regalos le gustarían muchísimo al Niño... pero no se sentía capaz de entregar nada de eso porque los regalos los guardaba para la persona a la que más amaba en este mundo: él mismo. ¿Qué regalo podía hacer si nunca sería capaz de dar nada a los demás? En ese instante miró a los demás y sintió vergüenza, pensó en renunciar a lo que era, regalar algo al Niño alguna de la multitud de cosas que le sobraban y dejar de ser por un instante su esencia y su vida... pero nadie debe entregar a los demás nada que no es suyo y no se sintió capaz de entregar a ese Niño una mentira. En el fondo nadie debe faltar a lo que es, a su esencia, ni nadie debe tratar de pasar por otra cosa. Si deseamos de verdad ser mejores, seguro que lograremos serlo... ¡pero cuánto cuesta desear de veras ser mejores! Viendo el Egoísmo que todos lo miraban, dijo las únicas palabras sabias que podrá decir jamás el Egoísmo: “Ya que no puedo dar nada (por pequeño que sea) a los demás... quiero quedarme con todo todo lo malo, en mi corazón, para que todos los demás puedan llegar a ser felices”, y tras decir esto, besó al niño y se fue muy triste.

...y la Humildad permanecía mientras tanto esperando fuera de la cueva porque pensaba que no tenía nada importante que decir, porque sabía que podía esperar, pero sobre todo porque quería que los demás fueran felices lo más pronto posible. Pero al final siempre la Humildad tiene su premio: aunque no hable, aunque no grite, aunque no haga gestos ostentosos, al final todo el mundo da gracias por ella y desea tomarla como modelo. Por todo eso, los demás acompañaron a la Humildad hasta que ésta llegó justo delante del Niño. La Humildad casi ni se atrevía a levantar la mirada del suelo. Tenía miedo y sentía que no podría devolver jamás el regalo que estaba recibiendo de los demás. La Humildad miró al Cielo y dio las gracias por conocer al Niño (creo que fue la única que dio las gracias). Entonces se reclinó ligeramente... y Jesús la abrazó. La Humildad se sentía muy pequeñita, pero no dudó ni un instante su regalo:

-‘Como soy muy pequeña no puedo regalar grandes imperios, ni palacios, ni dones, ni grandes palabras, ni gestos notables... como soy muy pequeña, quiero regalar lo único que tengo aunque quizá carezca de valor. Como soy muy pequeña en comparación a ti, quiero regalarte mi vida, quiero regalarte lo que soy, me regalo a mí misma... y si ayudo en algo o si sirve de algo, creedme que me sentiré la más feliz de todas las virtudes.’

...y al Niño ése fue el regalo que más le gustó de todos. Abrazó a la Humildad y luego, porque nuestras madres son las que nos dan la vida y se lo merecen todo, con todo el

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

cariño que aún le queda por dar a un niño recién nacido, Jesús entregó ese regalo a su madre...

...y María, sintiendo el regalo de Dios, guardó la Humildad para siempre, en su corazón.”